

CAPITULO ALFONSO

EL IMPERIO ROMANO

EL IMPERIO ROMANO.

LECCION CUARTA.

SEÑORES:

En nuestra leccion anterior tratamos de los precedentes históricos y religiosos del Cristianismo. Mal podríamos analizar las consecuencias civilizadoras de esta divina religion si no convirtiéramos los ojos al Imperio romano y no lo contempláramos bajo todas sus fases y en todas sus manifestaciones. En una de mis pasadas conferencias manifesté que yo consideraba el Imperio como un estado social más progresivo que el estado político y social que le habia precedido. Cuanto más contemplo este gran cambio social, cuanto más estudio sus consecuencias, más fuertemente me afirmo en mi primitivo sentido histórico. Nadie ama la libertad como yo, nadie odia tanto y maldice el despotismo. Un hombre levantado sobre la cúspide de la sociedad, sin freno ni ley que



le contenga, sin responsabilidad moral ni material que le amedrente; dueño de las vidas, de las haciendas, de las personas de sus vasallos; dejándose llevar de su voluntad como de un torrente; siguiendo los varios giros del caprichoso vuelo de su deseo; encerrado allá en su omnipotencia como en implacable cielo de acero; escondido entre las vagas nubes de incienso que en sus aras quemán sus cortesanos, creyéndose en su orgullo encarnación ¡oh blasfemia! de la voluntad y del poder de Dios en la tierra; un hombre de esta naturaleza, que se goza en oír el ruido de las cadenas, en ver frentes hundidas en el polvo, en quebrantar altivas voluntades y pulverizar derechos á fuerza de ponerse sobre todo lo creado y endiosarse y tener en poco la humanidad que rendida le obedece, llega á corromperse á sí mismo, á corromper la sociedad; porque nada hay tan contrario á las leyes de la naturaleza como el poder omnímodo de un solo hombre; y cuando ese poder ciego, absoluto, se compara con la libertad tan hermosa, tan expansiva, tan grande; con la libertad que anima nuestro espíritu, que fortifica nuestra conciencia, que dá aliento al corazón, que constituye al hombre en verdadero rey de la naturaleza, que hace de los pueblos héroes, mientras la esclavitud los hace máquinas, que inspira el pensamiento mientras la esclavitud le impone oprobioso silencio; cuando el despotismo, ese sistema que

hace miserables á las generaciones y deja siempre regueros de sangre en el espacio, y páginas de vergüenza en la historia, se compara con la libertad, preciso es reconocer que nuestra convicción de la eficacia de la libertad se torna en exaltada fé, y nuestro amor hácia esa idea en exaltada pasión; pues si después de tantos siglos de luchas, de grande elaboración del espíritu moderno, de pasmosas conquistas en la inteligencia y en la creación, no hemos de ser libres, vale más volver á hundirnos en los abismos del tiempo de que hemos venido; porque es preferible no ser, á ser viviendo torpe vida de esclavos. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Pero si esto es cierto, si el ideal de mi mente es la libertad, ¿tengo yo por eso derecho á querer que el ideal de mi mente se realice en toda la historia? ¿No hemos dicho desde el principio de nuestras lecciones que la naturaleza humana se sujeta á un desarrollo del cual no puede salir sin turbar las leyes de la creación y del pensamiento?

Señores, muchas veces el pensador abstraído en su conciencia, soñando con un nuevo estado social, ó con volver el mundo á las sociedades antiguas, se engaña; y la sociedad, escogiendo su propio camino, acierta, como lo confirma la historia. Grecia acertó contra Pitágoras, que deseaba resucitar el Oriente; acertó contra Platon, que deseaba resucitar la casta: como Roma acertó con-



tra todos los génius superiores, que morian de dolor al ver muerta la República. La historia, puede decirse, que es la segunda creacion del espíritu. El hombre por su propio esfuerzo va levantándose de la naturaleza, rompiendo los velos que oscurecen su pensamiento, desasiéndose de la esclavitud de los sentidos como el niño que se desprende de las entrañas de su madre, como la semilla que rompe la película que la envuelve; y el hombre histórico lo mismo que el hombre natural, nace, se desarrolla y crece con arreglo á los principios de su organizacion y de su naturaleza. Si fuéramos espíritus puros no tendríamos necesidad de pasar por estos varios grados de la vida; abrazariamos en nuestra conciencia toda la verdad, en nuestro corazon todo el bien. La vida no seria un combate, ni la historia un campo de batalla, ni la ciencia como una noche donde se vé vagar la luz de los astros en medio de las tinieblas. Pedir que el hombre se desarrolle en un siglo apartado, con toda la fuerza, con toda la espontaneidad, con todo el poder de este siglo de grandeza y de espiritualismo, hijo de tantas y tan portentosas edades, seria lo mismo que pedir al niño las pasiones de la juventud ó al jóven los pensamientos de la edad madura. El cesarismo es hoy absurdo; pero el cesarismo ha sido necesario para la educacion del hombre en la historia romana. Este es mi sentir.

Nosotros, señores, que no podemos lograr que el fruto sea fruto sin ser antes flor, ni la flor sin ser capullo, ni el capullo sin ser rama, ni la rama sin ser tronco, ni el tronco sin ser raiz, ni la raiz sin ser semilla; nosotros, que no podemos lograr que la idea sea idea sin ser antes nocion, ni la nocion sin ser sentimiento; nosotros que no podemos lograr que el hombre sea hombre maduro sin ser antes jóven, ni jóven sin ser niño, ni aun niño sin haber dormido antes largo espacio el sueño de la materia en el seno de su madre; nosotros no podemos tampoco lograr que los pueblos lleguen á la edad feliz de la libertad y del derecho, sin haber pasado antes forzosamente por la poderosa iniciacion de una gran idea de autoridad.

Este es el camino de la ciencia, este es tambien el camino de la historia. Nada hay más cerca del hombre que su propia conciencia, que su propia personalidad. Pues bien; para basar la filosofía griega en el pensamiento humano, fué necesario que pasaran las escuelas jónicas, pitagóricas, eclécticas, que basaban la ciencia en la naturaleza, ó en abstracciones metafísicas. Sí, muchos siglos pasaron antes de que el hombre se reconciliara con su propio pensamiento con Sócrates; como pasaron tambien muchos siglos de nominalismo, de realismo, de tradicion, de escuela, antes de que la filosofía moderna se asentara en la firme é incontrastable base del pensamiento con Descartes. Se-



ñores, si el pensamiento que es puro, espiritual, encuentra estos grandes tropiezos y recorre estos grandes círculos en la conciencia, ¿por qué no los ha de recorrer aún mayores el hombre en el espacio? El hombre, pues, necesitó unirse y encarnarse en una sola ciudad, para recibir á Dios que le enviaba su espíritu vivificador desde el Calvario. Esta unidad del mundo no podía lograrse con el antiguo estado social que divertía las fuerzas de la República, que enconaba el espíritu exclusivo de la ciudad, que detenía á Roma dentro de sus siete colinas, cuando Roma necesitaba salir de su recinto, ser del mundo y de la humanidad, derramar á todos los vientos y en todos los terrenos y en la conciencia de todos los pueblos su gran idea, infundir á las generaciones su alma.

Y esta gran necesidad de Roma no podía ser satisfecha bajo la República. En la República dominaba la aristocracia, y la aristocracia era exclusiva y amiga de sus privilegios. Para derramar el espíritu de la ciudad en el mundo, la aristocracia necesitaba romper sus privilegios, y ninguna clase social se suicida. Roma no podía hacer suyo el mundo sin modificar su antiguo derecho, y Roma no podía modificar su derecho sin destruir su antiquísimo patriciado. Por eso el progreso del mundo y de la historia debían quebrar, como el huracán quiebra la caña, el cetro de los patricios.

Y mientras sucedió esto con los patricios, su-

cedía lo contrario con los plebeyos. Desde el punto en que su alma raya como una nueva luz en la historia, raya el amor á todas las gentes, á todos los pueblos. En los símbolos y en los cánticos de la historia primitiva de los reyes, en aquel gran poema que es el ideal de la vida romana, los plebeyos guardan una corona de gloria para los reyes que simbolizan la extensión del derecho de ciudad á los extranjeros. Dios, que premia á los individuos como á los pueblos por sus buenas ideas, por sus buenas acciones, premió este sentimiento expansivo y amoroso de la democracia romana, del pueblo rey, haciéndolo marchar á la unidad del mundo y de la historia sobre los cadáveres de sus enemigos, caídos á sus plantas bajo el peso de los inflexibles decretos de la Providencia.

Mucho se habla de las aristocracias, mucho más de las democracias; pero se habla con escasa imparcialidad, con poco criterio histórico; por eso se acusa á la democracia moderna sin oírla, y se ensalzan las aristocracias antiguas sin contemplarlas. Señores, yo creo firmemente, lo creo, y lo digo como lo creo, que la Roma republicana no podía llevar á su término la civilización del mundo, la idea que á Roma había confiado la Providencia; y la razón, repito, es sencilla: la Roma republicana era muy aristocrática, y las aristocracias celosas de sus tradiciones, de sus castas, de sus



privilegios, no son idóneas para extender una idea por el mundo, pues son de suyo duras y egoistas. Y no se crea que yo traigo aquí el propósito deliberado de combatir la aristocracia como parece que traen otros el propósito de combatir la democracia. Nada me admira tanto como esos esfuerzos ingeniosísimos, que repúblicos de mí muy respetados, hacen para desteger hábilmente la tela de oro y perlas que han estado tegiendo durante medio siglo; repúblicos, que ahora confiesan con ingenuidad candorosa propia de niños que desean resucitar las antiguas aristocracias para contener el torrente de las ideas modernas; empeño vano, cándido y pueril, como si un viajere arrojara un árbol seco á contener la impetuosa corriente de la gran catarata del Niágara. (Aplausos).

Y no se crea que yo quiero denostar á las aristocracias. De ninguna suerte quiero esto. Yo creo las aristocracias buenas en su tiempo, creo que la aristocracia es necesaria, muy necesaria, indispensable, verdaderamente indispensable en las épocas de fuerza, en las grandes minoridades sociales, para velar sobre la cuna de las instituciones nacientes, para educar el corazon y la inteligencia de los pueblos jóvenes; y por eso es respetable la aristocracia oriental, ora se ciña la alba túnica del sacerdote, ora empuñe la vibrante lanza del guerrero; y por eso es respetable la primitiva aristocracia romana, que á manera de

vestal misteriosa y sagrada guarda el fuego de la vida de aquella gran ciudad; y por eso es respetable la aristocracia de la Edad media, que ora montada en su caballo, ligero como el viento, ora en la cima de los castillos feudales, derramando á torrentes su propia sangre, contiene las nuevas irrupciones de nuevos bárbaros, y esparce los primeros gérmenes del gobierno y del derecho; porque á las aristocracias se ha debido la iniciación de las antiguas instituciones sociales; pero la libertad, alma del derecho; la igualdad, condición precisa de toda verdadera libertad; el municipio, arca santa del espíritu de los pueblos; los códigos uniformes, la unidad del poder; la robustez misma de la monarquía en los siglos del Renacimiento; esos grandes poemas escritos en la Edad media por todo un pueblo que es poeta como Homero; los tribunales que matan el privilegio y fundan la augusta igualdad ante la ley; la seguridad individual, serafín que con su espada de fuego guarda el paraíso del hombre, su santo hogar doméstico; la extinción de la servidumbre y del tormento; la libertad de la tribuna y de la imprenta, corona de nuestra libre personalidad; todos esos elementos que dan más grandeza, más expansión al individuo, todos se deben al espíritu de libertad y de justicia que anida en el honrado seno del pueblo, de la democracia, espíritu que es mucho más que un partido políti-



co, mucho más que un nuevo elemento social, que es el oxígeno de la atmósfera que nos rodea; porque sin ese espíritu no podríamos vivir; y así todo pasa y él solo queda: se arruinaron los castillos feudales para no volver á levantarse; huyeron los grandes astros de la historia; las monarquías de derecho divino pasaron como sombras; las dictaduras militares levantadas en la fuerza maravillosa del genio y de la gloria, tiemblan, y retiembla y se cuarteja la misma grandiosa aristocracia inglesa; y ese espíritu, tan maldecido por los mismos que en nuestra sociedad lo han derramado, salido del soplo del esclavo, del seno del humilde y del desgraciado, del fondo de la generosa alma del pueblo, nos rodea, nos envuelve, llena desde las alturas más eminentes hasta las profundidades mayores de la sociedad; y lucirá siempre, aun en las épocas más tenebrosas, como el sol extiende sus mares de luz sobre la tempestad y las nubes; y sobrevivirá á todas las grandes transformaciones sociales como el Sér Supremo preside á todos los cambios de la naturaleza; porque ese espíritu es la sangre de nuestro corazón, el aliento de nuestro pecho, el alma de toda la civilización moderna. (Generales y repetidos aplausos).

La democracia romana, con su tendencia á la igualdad, con su espíritu expansivo, con su amor á extender el alma de Roma por el mundo, con

sus simpatías hácia los pueblos vencidos, con su noción del derecho universal, con sus presentimientos de esa idea de la humanidad desconocida antes por los mismos griegos, debía hacer suyo el Imperio, y de consiguiente el mundo.

El cesarismo, pues, dígase lo que se quiera, fué la democracia romana coronada. El cesarismo fué indispensable en la historia. El mundo clásico habia pasado por las tres grandes edades de la historia; habia desarrollado maduramente las facultades intelectuales de su espíritu. La edad de la sensibilidad y de la imaginación, que es la edad de los grandes poetas, que comienza por Homero y concluye en Eurípides; la edad de la inteligencia, de la razón pura, la edad de los filósofos, que comienza en Sócrates y concluye, después de haber pasado por Aristóteles y Platón, en Zenón el Estóico; y la edad de la razón práctica, la edad en que las ideas filosóficas se convierten por una fuerza ciega en grandes leyes políticas y sociales, que es Roma, y de Roma el Imperio. Ne creais, señores, que el Imperio, la unidad material del mundo vino de improviso; no creais que esa institución social fué preparada solo por las pasiones y las desgracias de la República, no; toda institución tiene un alma, una idea que organizar, porque de otra suerte no nace en el mundo, y las vías del Imperio habian sido abiertas por la filosofía estóica, la cual pre-



dicaba que la humanidad tenia como el mundo una sola alma.

Es preciso admitir que el espíritu filosófico de aquellas edades daba de sí el Imperio. Entre la razon y la sociedad hay misteriosísima armonía. La razon señala un principio en la conciencia, y la sociedad realiza ese principio en el tiempo y en el espacio. Si fuéramos á ver el origen de todas las grandes instituciones históricas, lo encontraríamos indudablemente en grandes sistemas filosóficos. El pensamiento se adelanta á los tiempos, y es el gran profeta de la historia. El legislador, el político suele ser el esclavo ó el instrumento del filósofo á quien desprecia. Toda idea justa y racional derramada en los aires, tarde ó temprano toma una organizacion, un cuerpo. Don Alfonso X preparaba en el siglo XIII, en medio del caos social, la unidad salvadora del poder, como Descartes y Rousseau y otros filósofos fueron más tarde el espíritu en que habian de beber su vida, su esencia, las revoluciones modernas. En todos tiempos sucede lo mismo; porque el espíritu humano es siempre idéntico á sí mismo, y se somete siempre á las leyes inquebrantables que le señaló la poderosa mano del Eterno.

La filosofía griega habia tomado un carácter de universalidad antes desconocido. Desde filosofía de escuela se habia levantado á ser filosofía nacional, y desde filosofía nacional se habia le-

vantado á ser filosofía humana. Sus principios metafísicos y muy especialmente los principios metafísicos de la escuela estóica, predicaban la unidad del mundo, la unidad de Dios; la union de Dios y el mundo de la misma suerte que están unidos en nosotros alma y cuerpo.

Esta predicacion constante de la unidad metafísica debia dar de sí la unidad política. Lo mismo que el pensamiento descubria un principio único entre las ondas de los hechos y de los seres que pasan, el mundo, la sociedad debia descubrir entre la variedad de los pueblos, de las instituciones y de los códigos, un principio social superior, que abrazara en su seno á todos los hombres y á todos los pueblos, y este principio social, que en la esfera del hecho corresponde al principio filosófico, es, señores, el Imperio.

Por consiguiente, el Imperio respondia á una gran necesidad filosófica y científica del espíritu de su tiempo; traducia en hecho una idea que estaba derramada en los aires. Y esta es la razon filosófica del Imperio. El Imperio tiene, pues, su razon de ser en la filosofía, como en la política, en la sociedad, en la humanidad, en el derecho de su tiempo. Tenia, pues, tambien una razon política. La aristocracia merecia indudablemente el castigo del Imperio, los caballeros lo merecian tambien; unos y otros habian por largo tiempo dominado á Roma; y unos y otros habian traído



la guerra, el hambre, la muerte sobre la Ciudad Eterna. Además, siempre que se trataba de sus contrarios intereses, luchaban; pero cuando se trataba de explotar los intereses del pueblo, se unían. Dieron, es cierto, no de buen grado, derechos políticos á la muchedumbre; pero al mismo tiempo tornaron ilusorios esos derechos. El pueblo, que bajo los patricios y los caballeros gozaba de una soberanía nominal, y padecía de una verdadera servidumbre, abandonó á los patricios y á los caballeros: el pueblo, que bajo los emperadores llevaba nombre de esclavo y tenía una verdadera soberanía, se unió á los emperadores. Y esta es la razón política del nacimiento del Imperio. Mas hay también una razón social.

Señores, notad qué profunda revolución social había traído el Imperio. Los plebeyos habían pedido parte en los campos sagrados, y la aristocracia les respondía poniendo la piedra del sepulcro sobre los campos, y declarándolos eternos é inviolables como la vida de sus dioses; los plebeyos pedían al menos el producto de las tierras conquistadas, y la aristocracia, si bien alzaba colonias bajo el hermoso ideal de la ciudad, quería obligar á los plebeyos á que salieran de Roma, sabiendo que, á fuer de romanos, preferían mil veces morir antes de hambre en las calles de la Ciudad Eterna, que vivir en tierra extraña hartos y contentos; los plebeyos presentaban sus aspira-

ciones por la palabra elocuentísima de los Gracos, y los patricios ahogaban esa palabra; recurrían á los comicios, y en los comicios era su poder infame burla; llamaban con redoblados golpes á las puertas del senado, y el senado se reía á sus llamamientos; acudían al republicano Mario, y Mario por indolencia y torpeza los entregaba al poder del dictador Sila; volvían los ojos á los caballeros, á Pompeyo, á Cicerón, á la clase media, y los caballeros invocaban su nombre el día del combate y le olvidaban el día de la victoria; de suerte, que la República fué siempre en todas sus manifestaciones impotente para el bien; y cuando vieron los plebeyos levantarse un hombre que rompía y cortaba la antigua libertad sí, pero aquella libertad privilegiada que había sido su cadena; cuando vieron un gran Imperio que por sistema, por inclinación, por tendencia perseguía y anonadaba á sus enemigos, á los que habían azotado con espinosas varas sus espaldas y habían herido sus derechos, á los que habían matado á sus padres de hambre sobre sus trillos, sobre sus instrumentos de labranza, cegándoles hasta las fuentes de la vida, hasta el trabajo; cuando vieron un Imperio, que para alimentar sus cuerpos traía ricos ganados del Egipto y del interior de África, y para divertir sus almas llovía sextercios sobre sus cabezas, y mandaba por elefantes y por rinocerontes á Persia, por leones



y tigres á la Abysinia, por boas y otros monstruos al no domado mar britano, por cómicos y retóricos á Atenas, por magos y hechiceros á Alejandría, por gladiadores nervudos y hermosos á la Thracia, por aromas, por esencias á la Arabia; un Imperio que abria un inmenso anfiteatro en el Apenino coronado de marmóreas nieves, y allí vertia un rio y formaba un lago, y en el lago echaba doradas barcas, y en aquellas barcas hacia que pelearan y murieran diez y nueve mil hombres, enrojeciendo con su sangre las claras aguas; un imperio que mandaba descender á los caballeros y patricios á la arena á pelear como viles gladiadores; cuando vieron un Imperio de esta naturaleza, atormentados por una libertad que llevaba en sus entrañas la tiranía, corroidos por la sed de goces materiales que en ellos habian despertado los malhadados ejemplos de los patricios y caballeros, ¡los goces materiales! que no podrán nunca satisfacer la sed de lo infinito que aqueja á nuestro espíritu: los goces materiales, que cuando no se fundan verdaderamente en la libertad y en la justicia son como lepra cancerosa; atormentados y corroidos, decia, por todos estos males, por todas estas tristísimas enseñanzas, cuando vieron surgir el Imperio, se abrazaron á él fuertemente los plebeyos, creyendo encontrar en el Imperio su única salvacion y su tremenda venganza. (Aplausos.)

El Imperio obedecia á su origen. En él habia un movimiento ascendente de las familias esclavizadas hácia la libertad; un movimiento de las familias libres y poderosas hácia la servidumbre. El patricio habia perdido todo su valor, toda su fuerza; no manejaba ni la espada porque no podia combatir, ni el estilo, porque no podia pensar; en su baño ensayaba medios de morir, agonías prontas y dulces, aguardando siempre la sentencia del César. Las delaciones, las grandes matanzas, las guerras civiles, habian mermado aquellas familias; con su sangre, con sus huesos, con los filamentos de sus carnes habian los déspotas fabricado el pedestal de su incontrastable poder. Empobrecidos tambien por las continuas confiscaciones, no teniendo la renta necesaria para ser senadores, los hijos, los descendientes de las grandes familias se morian de hambre en los rincones, en los barrios apartados y tristes de la Ciudad Eterna. Solo les quedaban los sacrificios de los dioses; pero los dioses agonizaban, y no tenian ni fuego en el altar, ni ofrendas en el ara. Y mientras esto sucedia á la alta clase, los ciudadanos de clases inferiores sentian necesidad, anhelo de trabajo, y comenzaban á manejar el martillo, los instrumentos de la industria, con los cuales á un tiempo forjaban los artefactos para su vida, y acaso, acaso la libertad para sus almas. Notad, señores, que al mismo tiempo que habian sido aquellos ciudada-



nos arrancados á la tierra, al campo, á sus labores el durísimo egoísmo patricio, al mismo tiempo forjaban con la industria, si no para aquel momento, para más adelante el incontrastable cetro de su poder. ¡Bendita sea la ley del trabajo! Y ved, señores, cuán imposible es matar la libertad á la industria, cuando la industria ha sido siempre el cetro de la libertad. Las leyes aumentaban esta inclinación dando el derecho de ciudadanía á todo el que había ideado algún buen artefacto.

Pero había más, este movimiento emancipador llegaba hasta el ser más humilde y más degradado de aquella sociedad, hasta el esclavo. El gran rey de la tierra, el ciudadano por excelencia, el hijo de la diosa Roma, por llevar el alma de su nación al mundo, por repartirla entre todas las gentes, moría en los campos de batalla, en las lejanas riberas, pronunciando á la hora de morir el dulce nombre de patria. Y sin embargo, aquella patria ¡oh sabiduría de la Providencia! aquella patria no era para él, no; era para sus hijos. Aquella ciudad, aquel gran poder, era para el íbero, para el galo de larga cabellera, para el atroz germano que había matado á Varo, para el sirio ó el persa, que entraba en Roma, con su gran mitra, haciendo pantomimas y hablando una lengua en que se reían hasta las divinidades del Lacio. El ciudadano de Roma no existía, señores, en estos tiem-

pos; él y sus hijos maldecidos, por su ambición y su soberbia, del mundo y de la historia, se habían sacrificado en todas las regiones de la tierra por conseguir la unidad del mundo y la unidad de la historia. Los libertos, los hijos de los esclavos, los engendrados en la servidumbre y en el dolor, tal vez en el mismo campo de batalla enemigo de Roma; aquellos libertos, cuyo paso al Capitolio en vano había querido atajar Augusto, se extendían por el foro, gritaban en la plaza pública, y lo que es más, eran sacerdotes de aquellos dioses y los senadores de aquel senado, que jamás sus padres hubieran podido ni aun nombrar sin horror en el corazón y lágrimas en los ojos.

Leed á Tácito y vereis cómo su orgullo patricio se indigna de que la carne de la antigua Roma y los huesos de los antiguos ciudadanos sean pasto de los buitres de los desiertos; y la carne y los huesos de la altiva Roma sean carne y huesos de oprobiosos siervos. Leed las constituciones del senado y vereis cómo prohíben, que la gente de origen servil lleve trage distinto que la gente de origen ingénuo; porque Roma parecía una inmensa ciudad de esclavos. El patricio Tácito podría en buen hora dolerse de esto. Pero nosotros, hijos de los oprimidos, descendientes de los esclavos, nosotros debemos regocijarnos ante estas grandes transformaciones sociales, porque así Dios va preparando en el mundo la igualdad, la liber-